

LA VOCACIÓN DE LOS HIJOS (II)

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

LA VOCACION DE LOS HIJOS (II)

La llamada divina fomenta el cariño y fortalece los lazos de parentesco o amistad. Le gustaba a nuestro Fundador recordar que *el mandamiento de amar a los padres es de derecho natural, y de derecho divino, y nosotros le llamamos dulcísimo precepto (...). El primer germen de la fe, de la piedad y de la vocación lo han puesto ellos en nuestros corazones. Que vean que hay correspondencia por nuestra parte a todo el desvelo, a la preocupación y al sacrificio que han hecho por nosotros*¹.

En otros momentos añadía: *nunca pagaremos a nuestros padres el cariño que han puesto en nuestra vida, y tampoco podemos pagarles haber sido instrumentos de Dios para hacernos buenos cristianos. Los que tenemos una vocación para servir a las almas, el noventa por ciento de esta vocación se lo debemos a las virtudes de nuestros padres, aun cuando ellos, en su humildad, no lo quieran reconocer*².

Ley de vida

Es normal en todo el mundo, gracias a Dios, que las familias reciban con agradecimiento y alegría la vocación de alguno de sus miembros.

(1) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

(2) De nuestro Padre, Tertulia, I-XI-1972, en Dos meses de catequesis, I, p. 285.

bro al Opus Dei. Y con frecuencia, esa reacción —que también implica un sí a la voluntad divina— mueve al Señor a conceder a otros este gran don suyo; ocurre como un *contagio*, como una *epidemia* sobrenatural que llenaba de alegría a nuestro Fundador: *se comienza a trabajar con una persona, y enseguida vienen los padres, los hermanos...* ³.

Esto no excluye, sin embargo, que ante algunas exigencias de la entrega pueda haber momentos de dificultad, aunque al fin el sentido común y la visión sobrenatural acaben imponiéndose. Puede suceder, por ejemplo, cuando un hijo plantea a sus padres la conveniencia de dejar el hogar para recibir la formación específica del Opus Dei, para dedicar más tiempo a las labores apostólicas, para compartir más intensamente ese ambiente familiar que ha escogido para toda su vida... En este caso, algunos padres se lamentan de que el hijo abandone tan pronto la casa paterna. Por un celo desmedido, o quizá por no poner freno al dolor que comporta cualquier separación, no advierten que eso mismo sucede en muchas ocasiones por motivos meramente humanos, sin que se produzca ninguna catástrofe. Por razones de estudio o de trabajo, innumerables familias permiten, e incluso fomentan, que sus hijos aún jóvenes marchen a otro lugar, a veces distante. Y es también frecuente que, al llegar a la mayoría de edad, los hijos dejen el hogar de sus padres para orientar su vida según sus propias ideas e inclinaciones.

En las familias, casi ningún hijo, cuando es mayor, convive con sus padres: se casan y se van del hogar paterno. Es ley de vida: dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne (Marc. X, 7-8). Por eso, si alguna vez vuestros padres os dicen que los habéis dejado, podéis preguntarles: ¿y vosotros no dejasteis a vuestros padres? ¿Tú no te enamoraste de tu marido, y formaste nuestro hogar? Pues yo me he enamorado de Jesucristo (...).

Esas quejas de los padres, cuando se dan, son sensiblerías que merecen comprensión y cariño, pero hay que ponerles límites porque, si no, esa sensiblería llegará a ser enfermiza: a veces parece como si los padres quisieran que sus hijos fueran siempre niños pequeños. ¿No es justo, no es ra-

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 25.

zonable que se sientan felices ante el desarrollo de los hijos, ante el fortalecimiento de su personalidad, ante su felicidad y su independencia? ⁴.

Nuestro Fundador, con la misma intensidad con que fomentaba la delicadeza en vivir el *dulcísimo precepto* del decálogo, defendía la legítima libertad de que gozan todas las criaturas humanas para decidir y organizar su futuro. *Cuando el hijo es ya mayor, los padres no tienen derecho a imponer nada; lo contrario es un abuso. No tienen derecho a escoger por su cuenta el camino de nuestra vida; pueden aconsejar, rezar... y dejarnos en paz. Ciertamente los padres tienen unos derechos encantadores, pero tienen también unos deberes correspondientes, también encantadores, y pretender dominar sobre los hijos adultos es contrario a esos deberes, es desconocer la dignidad humana. Son restos de feudalismo.*

Los hombres y las mujeres nacemos para vivir libres; al principio, necesitamos el calor, la ayuda, la asistencia continua de los padres, aun en las cosas más elementales; pero luego, como fruto de su cariño y de la formación que nos han dado, tenemos el deber de elegir por nosotros mismos: mucho más, si se trata de responder libremente a la llamada de Dios ⁵.

En algún caso puede ser oportuno recordar a los padres un pasaje de la vida del Señor. A los doce años, Jesús marcha con María y con José a Jerusalén, y a la vuelta se separa de ellos. Cuando se encuentran, se desarrolla una escena que es doblemente ejemplar para los cristianos. Por un lado se pone de manifiesto el cariño de María y de José hacia Jesús; por otro, la precedencia del servicio de Dios sobre cualquier otro interés. *Su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. El les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* ⁶.

Contestando a quien le planteaba un problema de este tipo, nuestro Fundador aconsejaba en una ocasión: *coges a mamá y, cualquier día en los que se rezan los misterios gozosos del Rosario —como mamá es muy devota de la Virgen—, le dices: vamos a rezar. Cuando llegue el misterio del*

(4) De nuestro Padre, Crónica, 1968, pp. 1117-1118.

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1968, p. 1118.

(6) Luc. II, 48-49.

Niño perdido y hallado en el Templo...; te dará dos besos y te dirá: ¡hijo mío, vete donde quieras, con mi bendición, con mi cariño, con mis oraciones! Y se pondrá ilusionada cuando alguna vez no estés tan cerca...⁷.

Con pillería sobrenatural

Es natural que a los padres les cueste desprenderse de sus hijos, sobre todo cuando son aún jóvenes. *Han forjado sus proyectos nobles, sus ilusiones humanas, que no son sólo lícitas sino fruto del deber de preparar un porvenir bueno al hijo. Todo eso —comentaba nuestro Fundador— se lo echamos a rodar, con la vocación de Numerario o de Agregado. Pero es lógico, hijos: cada una de esas vocaciones es un choque moral en el seno de la familia, pero al final la reacción de los padres no sólo es buena, sino estupenda. Se cuentan con los dedos de una mano los padres que no entienden⁸.*

La mejor manera de evitar esos posibles obstáculos, consiste en demostrar con hechos que *la Obra no os quita el cariño a vuestros padres, sino todo lo contrario. A veces —señalaba nuestro Fundador con pena— son mis hijos los que lo hacen mal: no sabéis tocar el corazón de la madre y el corazón del padre, que muchas veces es más suave que el de la madre (...).*

No vais a estar diciendo bobadas; pero también un hombre sabe decir cosas amables. Cuando hay incomprensiones, nunca pienso que los culpables sean los padres: pienso siempre que son mis hijos los que no han sabido portarse bien: porque no les escribís, porque no sabéis hacer vuestras sus preocupaciones, o decirles cosas de cariño⁹.

Nuestro Padre recomendaba poner en práctica una *pillería sobrenatural* que aleje de las familias estos celos e incomprensiones. Se lo aconsejaba incluso a los muchachos que frecuentan los Centros de la Obra, cuando le pedían cómo hacer para que sus padres facilitaran su

(7) De nuestro Padre, Catequesis en América, II, p. 172.

(8) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 48.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 47-48.

relación con el Opus Dei. Con buen humor explicaba: *tenéis vosotros la culpa de que se molesten; yo también me molestaría. Si llegáis tarde, y decís: es que he estado en el Centro de no sé donde, ¡sois unos sinvergüenzas! Así, en lugar de hacer amable la Obra, la hacéis desagradable. Y cuando la mamá os pregunta: ¿no me podrías acompañar? No, porque voy al Centro, a la excursión... Debéis tener un poco más de pillería. Las mamás no se oponen y los papás tampoco; miran con alegría que vengáis. Lo que no les agrada es que, con la excusa del Centro del Opus Dei, hagáis a veces vuestra santa voluntad y no seáis amables jamás* ¹⁰.

Algo semejante puede suceder en el seno de un matrimonio. Es tan grande la comunidad de vida creada por el vínculo matrimonial, que —si no hay una honda formación cristiana— uno de los cónyuges podría ver en la vocación del otro un obstáculo a esa intimidad, manifestando quizá unos celos infundados que repercuten en la convivencia. *Cuando el marido no tiene una picardía santa, la mujer no sólo no se conforma con que él lleve una vida limpia, sino que tiene envidia de su alma (...). También sucede al contrario (...). A veces ocurre que los maridos envidian las cosas buenas de la mujer, y cogen celos de la Obra, de la vocación que ella tiene. Pero eso es por falta de picardía, de habilidad. Hay que pedirle al Señor que nos dé pillería* ¹¹.

Si se reza, si no se pierde la paz, si se cuidan estos detalles de *pillería sobrenatural*, los celos desaparecen porque no encuentran terreno donde arraigar. Con el tiempo, esas personas a las que tanto queremos se dan cuenta de esta realidad: la vocación mejora el cariño, lo hace más desinteresado, más intenso. Entonces comienzan a amar el Opus Dei, y llegan a ser *fanáticos* de la Obra, con un *fanatismo* cordial del que nuestro Padre aseguraba que hace sonar *campanillas de plata en el cielo* ¹².

Los padres de mis hijos —decía nuestro Fundador, recogiendo su larga experiencia—, *cuando se encuentran con miembros del Opus Dei, se encuentran con otros hijos. Es un caso habitual en todas las familias*

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 29-VI-1974, en Catequesis en América, II, p. 47.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 4-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 111.

(12) De nuestro Padre, Crónica I-66, p. 29.

del mundo, y me lo dicen: ¡si son como hijos nuestros; si los queremos igual! Y los que sólo tienen un hijo o una hija y se lo han dado al Señor, me vienen a visitar y me dicen: es verdad. No nos dábamos cuenta de que en lugar de perder un hijo hemos encontrado centenares. Cuando llega un día de fiesta, la comparten con nosotros. Siendo o no siendo hijos nuestros, nos quieren igual ¹³.

La misión de los padres

Cuando se viven las cosas de esta manera, la vocación de un hijo al Opus Dei supone una gran alegría. Sobre todo cuando se trata de hijos de Supernumerarios —ellos tienen la misma vocación que nosotros—, los padres entienden todo muy bien desde el principio ¹⁴.

Es santo y bueno el deseo de los Supernumerarios de que Dios llame a sus hijos a la Obra. El motivo lo explicaba claramente nuestro Fundador: *no amaríais vuestra vocación, si no desearais que el Señor premiara a vuestros hijos con una vocación semejante a la vuestra. Pero no les podéis empujar* ¹⁵. Y lo mismo cabe decir respecto a la mujer, al marido, a los padres, a los hermanos...

La tarea de los padres, en ese caso y en todos, antes y después de que los hijos reciban la vocación, puede sintetizarse en dos frases de nuestro Padre: *nada de darles facilidades (...) y rezar mucho* ¹⁶. Los atraerán a la Obra, si es voluntad de Dios, y les ayudarán a perseverar con su buen ejemplo y con la fuerza de su oración, sin atosigarles con recomendaciones ni consejos.

Esta era la seguridad que nuestro Padre infundía a una madre de familia: *verás cómo, si rezas y haces así, al cabo del tiempo te preguntarán ellos por el Opus Dei. Entonces tendrás la picardía de decir: sabes que yo no quiero hablarte de esto, ¡a ti qué te importa, déjalo! Y cuando insista por segunda vez: pues mira..., ¿por qué no vas a fulanito, que te lo*

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1968, pp. 1119-1120.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 27-XII-1970, en Crónica, 1971, p. 48.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 16-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 427.

(16) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 136.

explicará mejor? *A fulanito o a fulanita, quien sea, uno de tus hermanos que se encarga de trabajar con gente de esa edad. Te quedas tranquila, como al margen, pero rezando, ¡que va bien!*¹⁷.

Luego, cuando los hijos —por la gracia de Dios y haciendo uso de su libertad personal— han respondido afirmativamente a la llamada divina, la tarea de los padres sigue teniendo una gran importancia. Así lo afirmó muchas veces nuestro Fundador: *padres y madres de estos hijos que también son míos: no habéis terminado vuestra misión en la tierra. Ellos —ellas— han venido a entregarse a Dios, a servir a la Iglesia, con este sentido sobrenatural, con esta caridad (...). No habéis acabado la misión, tenéis una gran labor que hacer con vuestros hijos, una labor maravillosa, paterna y materna: santificarlos. —Padre, ¡que estoy muy lejos! —¡Con tu oración! —Padre, ¡que estoy lejos! —En la vida profesional, poniendo en cada momento la última piedra, haciendo las cosas bien, bien y por amor, y con el pensamiento en esos hijos que están ante vosotros —¡és-te es cariño hasta el final!—, para hacerse santos, para hacerse dignos de Dios: unos hijos que nos enorgullezcan*¹⁸.

(17) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 822-823.

(18) De nuestro Padre, Homilía, 22-X-1960, en Obras XII-60, pp. 28-29.

[Anterior](#) - [Siguiete](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)